

De cómo inicié una hipótesis científica *

Dr. Juan José Beauregard Cruz**

Una noche de 1961, después de trabajar gran parte del día en la Organización de la Primera Conferencia sobre Neurobiología. Sistemas de Retroalimentación para el Control de la Actividad Nerviosa, que tendría lugar en Villahermosa, en la Semana Santa de 1963¹ y de analizar y dialogar sobre los mecanismos reguladores de la división celular, me dormí profundamente pensando y haciéndome algunas preguntas sobre los posibles factores que en ellos intervienen.

Como a las dos o tres de la mañana, en plena noche me despertó mi propia voz; dormido dije cuatro palabras: ácido lacto Flavín propiónico; las pronuncié y oí con toda claridad, y la intensidad con que fueron emitidas me despertó. Quedé sentado en medio de la cama con mis manos apoyadas en ella, con brazos y piernas extendidos y hablando fuerte en la oscuridad de la recámara; al apagarse la voz se hizo un gran silencio y quedé sorprendido y perplejo; así estuve un buen rato, casi inmóvil.

Cuando me repuse de la sorpresa, con mucho cuidado dejé el lecho y fui a la cocina, encendí el carbón el anafre y preparé café; mientras lo tomaba me preguntaba acerca del significado de lo que había pasado, y después me fui a caminar por la orilla del Grijalva cuando despuntaba el alba.

En los días siguientes llegué a comprender que las cuatro palabras formaban el nombre de una sustancia que de alguna u otra forma estaba relacionada con la división celular. Así nació la hipótesis que presentaría 25 años después².

Aparentemente nunca antes había oído este nombre ni visto su fórmula, y mucho menos pensaba en ella; ni por la imaginación me había pasado que esta sustancia existiera real o idealmente, y por primera vez en mi vida me relacioné con ente tal de naturaleza.

Inmediatamente inicié el trabajo de especulación y búsqueda de información, y fui haciendo a lo largo de mucho tiempo apuntes y esquemas para una hipótesis.

Fijándose bien en las fechas, uno puede observar que entre unos esquemas y otros, hay periodos más o menos largos, y es evidente que este trabajo no lo hice con un solo esfuerzo y de un tirón, sino que todo yo estuve convertido en un taller de trabajo, meditación y ensayo durante muchos años. Pasaban meses y no me ocupaba del asunto, y mi vida transcurría en el quehacer habitual cotidiano: dar clases en la escuela de medicina, atender asuntos administrativos de

*Tomado de Beauregard Cruz, Juan José. *El hombre frente al universo. Recuerdos y nostalgia*. Villahermosa, México: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2003:133-136.

**Decano de la División Académica de Ciencias de la Salud, ex-Rector de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

la docencia³, organizar congresos, curar enfermos en el sanatorio Juan Graham y enfrentar unido a María Carlota, las cosas relacionadas con la familia.

Pero en el fondo de mí había una inquietud que iba en aumento, que me inundaba a medida que pasaba el tiempo; había días en que dejaba toda tarea, me aislaba y dedicaba a meditar y estudiar, a escribir y revisar el tema en libros y revistas, y en fin, a buscar lo racional y lógico de un conocimiento que llegó a mí de modo inesperado y poco común y del que siempre estuve seguro es completo, esférico y bien acabado, sin escotaduras ni muescas o astillas.

Es probable que mi interés por las ciencias biológicas tengan su origen en épocas remotas de mi niñez en Pueblo Nuevo de las Raíces, de donde soy nativo, quizá por el prolongado, firme y sostenido contacto que mantuve con la naturaleza. También tuvo que ver la influencia de mis padres y abuelos, quienes procuraron que mis hermanos y yo observáramos los fenómenos naturales, que no pasáramos de largo, que reflexionáramos sobre ellos y que los viviéramos, de tal modo que durante los primeros años de mi vida estuve en el centro de un paraíso de plantas, animales, gente, tierra, cielo y agua que de ninguna manera me pasó inadvertido.

Además, por una inclinación que ya traía yo, no fue necesario que me obligaran a explorar y conocer la bellísima región en que viví mi niñez; pasaba los días viajando a pie de Playas de Rosario a Pueblo Nuevo, a campo traviesa por potreros y campos ondulantes que viene al encuentro como olas que no cesan, y del pueblo a Santa Bárbara, por la trilla, junto al barranco de tierra colorada, a lo largo del río de la Sierra.

En mis caminatas, en la soledad de los montes, vi muchas cosas como los montones de culebras enrolladas y de varios colores, haciendo el amor, descuidadas e hipnotizadas imponiendo so aterrorada y silenciosa presencia.

Niño de agua dulce, ejercí mi niñez en ámbitos rurales.

Mi formación escolar continuó en Villahermosa, y el profesor Rodolfo Montiel Hernández fue quien puso en misa manos el libro del ingeniero José Narciso, *Pteridografía del sur de México*, en la Biblioteca José Martí.

Rovirosa me deslumbró y jamás he olvidado sus dibujos; descubre la arquitectura vegetal, desde la más íntima estructura de los helechos, y crea un plateresco, un encaje

formado por un hilo que va y viene logrando que el reino vegetal enseñe su entraña fabulosa.

Por esa época vi por primera vez algunas pinturas de los impresionistas y de Van Gogh, y fue inevitable que yo relacionara los dibujos de los helechos de Rovirosa con las pinturas del holandés.

El dibujo perfecto, limpio y puro delimita un universo de cosas bien hechos de cosas que existen por sí y que, de alguna manera, participan y forman parte de nuestras vidas.

En el dormitorio de Van Gogh en Arles, en el puente de los ingleses o en las barcas de Santa María, las líneas rectas o las suaves curvas de hélice modelan el espacio infinito y le dan dimensiones humanas formando un mundo para el hombre.

La arquitectura de Rovirosa y el mundo de Van Gogh crearon en mí de que existía un mundo bello y posible, de medidas accesibles sin nada colosal que invite al asalto.

En el Instituto Juárez tomé plena conciencia del libro, delicia de mis sentidos y voluptuosa forma que modela al tacto; tuve mucha suerte, pues ahí conocí el pensamiento de Santiago Ramón y Cajal, Alfonso Herrera, Isaac Ochoterena y otros, pensamiento contenido en bellísimos libros, obras de arte de la tipografía. El afecto por las ideas me impregnó para siempre, y el sonido y el olor de las imprentas me fue agradable.

Notas

¹ Cuando el doctor Juan Puig Palacios era director de la Escuela de Medicina de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, tuvieron lugar en Villahermosa el VI Congreso de la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas y la Primera Conferencia sobre Neurobiología, relacionada con los sistemas de retroalimentación para el control de la actividad nerviosa. Se llevaron al cabo del 7 al 10 de abril de 1963 y su memoria fue publicada por la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas, editada por Alfonso Escobar y prologada por la Efrén del Pozo.

En esa época yo era secretario de la escuela y tomé parte importante en la organización de los hechos mencionados, desde conseguir local, pizarrones y gises, hasta ir por los visitantes al campo aéreo.

Menciono esto como un mensaje a los jóvenes que comienzan su carrera, pues con mayor frecuencia de lo que se piensa, uno tiene que hacer las cosas personalmente, con paciencia infinita y sin esperar el premio del reconocimiento inmediato o de los reflectores luminosos de la gloria.

Además, pueden estar seguro de que, si en el caso a que me refiero hubiera faltado un pizarrón o si el

aparato de sonido no hubiera estado en su sitio en el momento preciso, o bien, si hubiera dejado plantada en el aeropuerto a una sola persona, una ira maligna se habría desatado sobre mí y alguien me habría desterrado a perpetuidad a Hueso de Puerco o a Salsipuedes.

Quien propuso que el Congreso y las Conferencias fueran en Villahermosa y que el gobernador Carlos A. Madrazo los financiara, fue mi maestro Francisco Alonso de Florida, fisiólogo ilustre y promotor del desarrollo científico moderno de Tabasco; cuando nuestra escuela de medicina era un embrión a punto de ser abortado, Alonso de Florida logró que científicos de altísimo nivel de todo el mundo vinieran a ella.

² En junio de 1985, el doctor Enrique Canudas Sandoval, director de Educación Superior e Investigación Científica de la Secretaría de Educación, Cultura y Recreación del gobierno del estado, me invitó a participar como ponente en el Segundo Encuentro de Investigadores de Tabasco. No lo pensé mucho y acepté, y en una noche le di forma y escribí el manuscrito de mi ensayo, que, aun cuando ya elaborado en mi mente, estaba sin armar; así el 3 de julio del mismo año presenté “Un modelo hipotético de la macromolécula relacionado con la división celular”.

³ El edificio de la Escuela de Medicina de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco fue inaugurado por el gobernador, don Manuel R. Mora Martínez, el 3º de marzo de 1968. el rector era el licenciado Eduardo Alday Hernández, y yo, el director de la escuela.